



JUAN ORTIZ

Con caracteres de estreno se presenta esta noche en el Teatro Isabel la Católica el nuevo montaje de «Las salvajes en Puente San Gil», del granadino José Martín Recuerda.

HOY, ESTRENO DE «LAS SALVAJES EN PUENTE SAN GIL»

Un hombre de teatro llamado Martín Recuerda

Ya ocupa un lugar en los libros de texto de Literatura. Ya se han redactado centenares de trabajos y de tesis doctorales sobre su teatro. Ya es reconocido como uno de los hombres que más ha dignificado la escena española y día a día la sigue dignificando con su verbo y con su pulma.

Andrés Molinari

Sin embargo, en su mirada no hay ni un asomo de soberbia y su semblante se ilumina más de satisfacción por la obra bien hecha que de divismos vacuos. Cuando habla de su teatro el corazón dice más que la boca y un desmesurado amor por sus personajes explica que el teatro sea su razón de vivir y de ver el mundo. Aunque sean muchos los años pasados fuera de Granada, el habla y la constante referencia al Sur denuncian el otro amor de su vida, al que siempre ha sido fiel y al que llega de nuevo, como la antigua y eterna farándula, trayéndonos una de sus mejores piezas, un aguafuerte de pasiones violentas ambientado, precisamente, en cualquier pueblo de Andalucía.

—De nuevo por Granada, Pepe.

—Sí. Muy alegre de volver a mi tierra y algo fatigado de los ensayos que estamos realizando para que la obra resulte lo mejor posible. Es importante para mí no defraudar a los granadinos y que la noche del estreno se pueda ver el esfuerzo que ha hecho esta compañía de excelentes actrices

con la magnífica Aurora Bautista a la cabeza.

—«Las salvajes» es uno de tus primeros dramas. ¿Permanece su lozanía tras 25 años desde que la escribiste?

—No sólo es actualísimo su tema, sino que al ver el montaje que dirige el joven Angel Cobo y todo el diseño de producción de Carlos Lucini, he descubierto nuevas riquezas en mi texto. La juventud y la valentía del teatro actual no resta fuerza a mi obra, sino que realza el ansia de libertad que subyace en todos y cada uno de sus diálogos.

Una protesta desesperada

—«Las salvajes» llegan a Puente San Gil, pero ¿quiénes son más salvajes las que llegan o los que las reciben asentados en su monotonía y su tedio pueblerinos?

—Ellas son las salvajes de nombre. Los anfitriones son los salvajes en apariencia. Pero el pueblo no es salvaje. El pueblo arrastra una pobreza impuesta por el poder que impide un amanecer de libertad. Los verdaderos salvajes son los caciques, los tira-

nos de las gentes, los adocenados en el poder; ese poder «que es destrucción y daño, que no es nunca amor», en palabras de Jan Kott, refiriéndose a Shakespeare.

—¿Por lo tanto tu obra es...?

—Una gran protesta. Una protesta a grito desesperado. Pero una protesta humana, llena de humor, como la ha sabido ver esta compañía que utiliza como único escenario el escenario mismo, arropada de luces y de canciones, transfundiéndole vida a cada escena y a cada personaje. Hay precisamente un personaje que me ha emocionado particularmente. Es Rosita, una tímida y soñadora pueblerina que aspira a irse a la ciudad.

—Cuando coje su maleta y duda una vez más he visto mucha España en su actuar, mucha humanidad en sus ojos. Humanidad de los que siempre aspiran a algo y susto, que es otra cosa que miedo; susto como el que sentía Angel Ganivet fuera de Granada, como el que hizo enfermar a Federico cuando fue a visitar a Salinas en Baltimore.

—Se ha paragonado tu teatro con el de ciertos autores norteamericanos. ¿Tú qué opinas?

—A mí me sorprendió la primera vez que lo oí. En una historia del Teatro Norteamericano de hace un paralelismo completo entre Julia Torres de mi obra «Como las secas canas...» con Blanche Dubois del «Tranvía»,

de William. Y no han faltado estudios doctorales sobre este tema. Incluso los americanos han encontrado tan suyo mi teatro que traducen y preparan con frecuencia obras mías, figúrate que tengo noticias de que a una de ellas le han encontrado cierta musicalidad que les permitirá crear una especie de ópera o algo así.

Próximos trabajos

—¿Cuántos trabajos tienes en cartera?

—Muchos. Ultimamente me ha apasionado el tema de Castilla: Sus casas de piedra, sus paisajes eternos, sus hombres llenos de serenidad y de misticismos. Varias obras de este tema yacen aún sin estrenar en el cajón de mi mesa. Algunas las hemos leído en mi cátedra de Salamanca y los estudiantes castellanos han quedado fascinados. Pero mi última mirada es siempre para Granada. Ahora trabajo en una obra que describirá los días finales de Ganivet, allá en los países nórdicos, con una nieve tan igual a la de Sierra Nevada pero con una nieve tan diferente de la luz granadina. En definitiva, será como todo mi teatro, un caso más de lucha por España, de lucha por lo que el hombre jamás debe estar dispuesto a renunciar: su libertad y su amor.

Una fábula sobre la intolerancia

Calificado como el primer drama de madurez del autor granadino, «Las salvajes en Puente San Gil» supusieron en la fecha de su estreno, allá por los años sesenta, en el Eslava de Madrid, un verdadero acontecimiento social. Lejos de las papanaterías que triunfaban en ciertos escenarios y arriesgando mucho de su profesión, Recuerda dio un salto de valentía que aún no ha sido suficientemente reconocido y dejó en la cuneta timoratos intentos de renovación de nuestro teatro y una etapa suya anterior que, como dice Monleón, estaba protagonizada en las obras de Pepe por personajes agonizantes, víctimas de un medio hostil que no llegan a revelarse. Con «Las salvajes» no sólo los personajes de Recuerda plantean cara al ecosistema que los atenaza, es todo un pueblo, toda una nación, en sentido Ibseniano de la palabra, el que rompe con la sumisión más pecuaria.

El huracán ya se ha calmado. Han pasado años en los que muchas frutas han madurado y muchas ocasiones se han desvanecido. Parecería lógico que una obra que, según García Pavón, era como un jabalí desenfrenado un

drama social desacostumbrado hubiese pasado de moda y hoy fuese reliquia de un posludio autárquico o relleno de un texto biográfico. Sin embargo, la fábula guarda todo el frescor y la entereza de su primera gestación. Los cinco lustros transcurridos desde su estreno le han dado solera y la han enraizado con vigor en el variopinto bosque de nuestro teatro contemporáneo. La violencia exasperada del lenguaje, la intensa acción dramática, prueba de fuego de las mejores actrices, y la tensión interior, transparencia de dos Españas pertrechadas en su tozudez siguen siendo los valores definitivos sobre los que se sustenta esta agria parábola.

Argumentalmente la situación se centra en la llegada de una compañía de revistas y variedades a un pueblecito arcano y farsesco de nuestra geografía meridional. El descoque de las artistas chocará en seguida con la beatería de las damas de estrechez cefálica. La autoridad eclesiástica, intigada por las lenguaraces, prohibirá el espectáculo, mientras los hombres del pueblo pelean por una

rendijita por la que satisfacer su sexualidad reprimida mediante una mirada lasciva. Coléricas y heridas en su dignidad y en su triste profesión de deambulantes, las acusadas se tornarán acusadoras quedando al descubierto la fétida hez que el pueblo quería ocultar con su intransigencia.

Tras aquel escandaloso estreno en Madrid, la obra ha pasado por los coloridos del celuloide, las matizaciones de la televisión y las experiencias de los grupos de aficionados. Ahora el segundo gran montaje profesional de la obra viene a Granada para mostrarse en estreno absoluto. El esfuerzo de 19 actores de primera línea, más de media docena de técnicos y la ayuda de la Junta de Andalucía, el Ministerio de Cultura y algunos Ayuntamientos, como el de nuestra ciudad, hacen posible este acontecimiento que raramente suele ocurrir en Granada y que luego emprenderá gira por localidades andaluzas para estacionarse en Madrid a mediados de diciembre y visitar Buenos Aires en la primavera.